

Sara y Marcelo

Por años he tenido inconcluso este manuscrito, porque nunca lo consideré digno de aquellos a quienes lo dedico. Sin embargo, decidí concluirlo cuando en la edición de UNIVERSIDAD del 5 de abril leí un artículo sobre ellos.

Calculo que el asunto ocurrió hace unos siete años. Estábamos en plena semana universitaria y fui al auditorio de la Facultad de Agronomía para ver una obra de teatro. En ésta, la relación entre dos personas mayores, internadas en un sanatorio poco después de la Segunda Guerra Mundial, sería interpretada por dos actores a quienes yo, nuevo en ese medio, no conocía.

Inicialmente creí que no habría representación, porque bastante pasada la hora de inicio el público no superaba las diez personas; la gran mayoría de los universitarios estaba bailando en el Centro de Recreación.

Sin embargo, los actores aceptaron seguir adelante y presentarse, lo que me resultó sorprendente: ¿por qué hacer el gran esfuerzo que implica una actuación profunda y prolongada, para un público tan reducido y por una taquilla insuficiente? Obviamente ellos no pensaban igual que yo y nos presentaron la obra completa, con el mismo esmero que podría esperarse ante una sala llena a reventar y con los críticos de prensa más importantes.

Presencí allí esa impresionante capacidad profesional que seguiría dejándome pasmado obras tras obra (hasta llegar a un clímax con *El loco y la triste*). Cuando aquella función terminó, hubo abrazos emocionados y yo había recibido una lección duradera sobre la satisfacción de elevarse sobre la mediocridad general. Ahora que me he enterado de lo que han vivido estas dos personas, quienes por amor a sus hijos no dudaron una vez en vender empanadas y libros, aunque eran actores de primera clase, me siento aún más honrado de haber estado allí aquella noche.

En la vida topamos demasiado frecuentemente con gente indigna que se dedica a lograr sus objetivos mediante el pisoteo patológico de la decencia y los derechos ajenos, pero podemos recobrar la confianza en la humanidad gracias a estos encuentros maravillosos con quienes dan prioridad a la excelencia, y a la ética. El resto de cada generación pasará a un merecido olvido, pero esa minoría será recordada y aquí le rindo Un homenaje en las personas de Sara Astica y Marcelo Gaete.